

ICONICIDAD EN ACCIÓN:
NÁHUATL CLÁSICO *CHICUACĒ**

JOSÉ ANDRÉS ALONSO DE LA FUENTE

Introducción

En un reciente trabajo, David Tuggy (2003) ha demostrado que, al igual que ocurre en todas y cada una de las lenguas del mundo, la iconicidad juega un papel determinante en la caracterización de las lenguas aztecas, desde el náhuatl clásico (abreviado NC) en los tiempos postcoloniales, hasta las variedades que con aquél convivían y han sobrevivido hasta nuestros días.¹ Aunque el estudio de Tuggy se concentra en los procesos reduplicativos, resulta cuanto menos intrigante comprobar si los resultados allí obtenidos pueden extrapolarse a otros ámbitos de la lengua, siendo el objetivo de este breve artículo confirmarlo. Para ello se ha escogido el apartado gramatical dedicado a la morfología de los numerales, donde la aplicación de la iconicidad ha permitido solucionar una, en apariencia, irregularidad fonética que hasta ahora había permanecido en el más absoluto de los olvidos.²

* Agradezco profundamente a Miguel Figueroa Saavedra, Eugenio Luján Martínez y Juan Antonio Álvarez-Pedrosa Núñez los comentarios y correcciones realizados a partir de la lectura detenida y atenta de las primeras versiones de este pequeño escrito. Cualquier error queda, como es lógico, bajo mi completa responsabilidad.

¹ Cf. Launey, *Introducción a la lengua y a la literatura náhuatl*, p. 339-365 o Lastra de Suárez, *Las áreas dialectales del náhuatl moderno*.

² En contraste a lo comentado por Miguel León-Portilla en su prólogo al *Compendio de la gramática náhuatl*, escrita por Thelma D. Sullivan: “El idioma náhuatl —entre las lenguas indígenas del continente americano— es probablemente el que ha sido objeto de más abundantes estudios y publicaciones, tanto en lo que toca a la estructura gramatical y otros aspectos de su forma clásica, como en relación con sus distintas variantes dialectales” (p. 5). Pese a semejante riqueza bibliográfica, ninguna gramática o manual de aprendizaje ha reparado en el espinoso asunto que se comentará en las líneas que siguen. Incluso trabajos consagrados a la historia de la lengua, como *La evolución fonológica del protonáhuatl*, de Karen Dakin, obvian la cuestión.

El sistema numeral del NC

Después de que en 1570 el rey Felipe II (1556-1598) declarase el náhuatl como lengua oficial de las Indias,³ una cantidad ingente de documentos escritos en esta lengua, etiquetada en la actualidad como “náhuatl clásico”, han sobrevivido al tiempo, permitiendo estudiar diversos aspectos de la vida y cultura de la población azteca tras las llegada de los españoles a México en *cç ácatl*, es decir, ‘uno caña’, el año 1519. No obstante, la literatura en esta lengua anterior a tan importante nombramiento ya era rica, y versaba sobre una gran cantidad de temas, sobre todo religiosos y administrativos. Por unas u otras razones a ninguno de estos textos les era ajena la presencia indiscriminada de numerales, por lo que el conocimiento que de estos se dispone está sobradamente testimoniado y analizado.

El sistema numérico es vigesimal, existiendo cuatro unidades elementales que corresponden a los numerales cardinales del uno al cuatro: *cç* ‘uno’, *ôme* ‘dos’, *çyi* ‘tres’ y *nâhui* ‘cuatro’, y tres bases a partir de las cuales, con la ayuda de otros cuantificadores como *-pôhualli* ‘veintena’ y del nexa *om-/on-*,⁴ se forman el resto de numerales: *mâcuilli* ‘cinco’, *mâtlâctli* ‘10’ y *caxtôlli* ‘15’. Del 11 al 14 se utiliza la base *mâtlâctli* y del 16 al 19 la base *caxtôlli*, v. g. *mâtlâctli oncç* ‘11’ (literalmente, 10 + 1) o *caxtôlli onnâhui* ‘19’ (literalmente, 15 + 4). Sin embargo, en la formación de los numerales que van del seis al nueve no se emplea el múltiplo *mâcuilli*, reservada a números superiores, v. g.. *mâcuilpôhualli* ‘100’ (literalmente, 5 × 20), sino el prefijo /èik^w/,⁵ seguido de *cç*, *ôme*, *çyi* y *nâhui*, de tal modo que resultan las formas *chicuacç* ‘seis’,⁶ *chicôme* ‘siete’, *chicuçyi* ‘ocho’ y *chiucnâhui* ‘nueve’.

³ Al margen de problemas sociales como el fracaso de castellanización y la existencia de numerosas lenguas indígenas, debe mencionarse que el náhuatl estaba considerada una lengua excelsa, literaria y regular, este calificativo sin duda en armonía con el latín, lengua por aquel entonces en la cima del prestigio lingüístico a nivel mundial.

⁴ En NC toda /n/ seguida de las consonantes labiales /p/ y /m/ o de vocal se transforma en /m/ por asimilación regresiva, e.g. *ípampa* < */ipan-pa/ ‘por esto, a causa de esto, por esta razón’, *ammiquû* < */an-miqui-// ‘vosotros morís’ o *amotomî* < */an-otomi-// ‘sois otomíes’ (Launey *op. cit.*, p. 21, Figueroa-Saavedra, *Diccionario básico náhuatl-castellano*, p. 17).

⁵ La etimología de este prefijo, aunque aquí irrelevante, sigue siendo problemática. De hecho, en Lockhart (2001: 49) se afirma que “[t]he numbers from six through nine are not based on *macuilli*, five, but use an element now appearing variously as *chiqua-*, *chic-*, and *chiuc-*, which once must have been or been related to an older way of saying five”. Baste decir que *chiqua-*, idéntico al *chicua-* aquí empleado, y *chic-* aparecen sólo en una ocasión, y por motivos que se tratarán en este trabajo.

⁶ Los lexicógrafos prefieren *chiquacç*, pero sólo se trata de una convención gráfica.

Hasta aquí todo parece responder a lo estipulado por la propia gramática del NC, pero un análisis más profundo de las evidencias materiales acaba por descubrir una pequeña anomalía en el numeral *chicuacç* ‘seis’. De acuerdo a los principios ortográficos que han regido la codificación de esta lengua, los fonemas /u9/ y /k^w/ se escriben de diferente forma dependiendo de si se encuentran ante vocal o consonante, es decir, aparecerán escritos <uh> y <uc> respectivamente ante consonante y <hu> o <cu> ante vocal,⁷ valgan como ejemplos los numerales *chicuçyi* /èik^wçi~i/ y *chiucnâhui* /èik^wnâui/.⁸ No obstante, tras aplicar este proceso a todos los numerales que lo contemplan, resulta que *chicuacç* no se ajusta a la norma, ya que /èik^w/ + *cç* /sç/, debería solucionarse **chiuccç*,⁹ forma que no está documentada en ninguno de los textos disponibles, y que rompe la regularidad del sistema. La razón parece bien sencilla: entre el prefijo y el numeral ha surgido una vocal epentética /a/, sin una motivación fonológica o morfológica clara, que explica la ortografía *chicuacç*. Por lo tanto, las preguntas idóneas con respecto a la irregularidad aludida son: ¿de dónde ha aparecido esta vocal epentética /a/? y sobre todo, ¿por qué?

Iconicidad

La iconicidad es un fenómeno lingüístico sumamente complejo que pertenece al campo semiótico, es decir, tiene una motivación basada en aspectos lingüísticos y perceptivos. En esencia, y siempre desde un punto de vista general, la iconicidad hace referencia a la semejanza o similitud que guardan entre sí la forma de un signo (el significado) y el objeto o concepto al que se refiere en el mundo físico o en nuestra percepción del mismo (el significante). A partir de esta simple definición, que se extiende más allá de lo meramente lingüístico, es posible establecer diferentes grados y procesos icónicos que en mayor o menor

⁷ Algunos documentos registran <qu>, en especial ante vocal /a/.

⁸ Es más frecuente la forma *chiconâhui*, cuya pronunciación es /'.ikonâui/ y donde el apéndice labial se ha vocalizado en /o/ con un aumento formal consecuente al sumarse una nueva sílaba. Este hecho, en cierta medida irregular, no reviste mayor importancia, puesto que, de acuerdo con lo que se expondrá a continuación, no hará más que confirmar la idea central de este trabajo.

⁹ No podría plantearse **chiccç* /'.ikscç/, pese a que están sobradamente testimoniados los cambios /k^wk/ > /kk/ y /k^wp/ > /kp/, e.g. **ôquitzaucquê* /ôquitzak^wke/ > *ôquitzacquê* /ôquitzakke/ / ‘lo cerraron’ o **tçucpan* /tçk^wpan/ > *tççpan* ‘en el palacio’. En ambos casos hay una asimilación, regresiva y velar en el primer caso, progresiva y labial en el segundo, que proporcionan una explicación a semejantes evoluciones. Por otro lado, no hay evidencia alguna que sustente la existencia de un cambio */k^ws/ > /ks/, sino todo lo contrario, es decir, una tendencia muy sólida a su conservación, e.g. *iucci* /ik^wsi/ ‘se cuece’.

medida, y ahora sí introducidos en materia lingüística, se han reconocido en todas y cada una de las lenguas del planeta, tal y como se afirmaba al comienzo de este artículo. Esta universalidad se debe a que la iconicidad depende por completo de un individuo que interprete los signos aludidos, papel que en este caso desempeña con todas sus consecuencias el hablante, “elemento” del que disponen, han dispuesto y dispondrán todas las lenguas.¹⁰

Uno de estos procesos icónicos está vinculado con la mejor o peor caracterización de una marca morfológica atendiendo a su expresión formal. De entre los miembros de la escuela de la “Morfología natural”, Willi Mayerthaler (1945-2002) introdujo la noción de máxima iconicidad: lo que es semántica o funcionalmente *más*, es formalmente simbolizado como *más*.¹¹ Si la marca en cuestión no está lo suficientemente caracterizada desde el punto de vista del hablante, éste bien la eliminará, sustituyéndola por una mejor (más caracterizada), o bien introducirá algún elemento o proceso para mejorar su identidad. Así, por ejemplo, durante la evolución del sistema flexivo nominal eslavo hubo un momento en el que los primeros hablantes de eslovaco,¹² tras redistribuir de acuerdo con una serie de directrices las desinencias que el eslavo común ya traía asignadas a cada tipo flexivo o declinación, se encontraron con dos desinencias de genitivo de plural: por un lado estaba *-u*, v. g. *xlap-u* ‘de los hombres’, y por otro *-ovu*, v. g. *syn-ovu* ‘de los hijos’, ambas ya documentas en antiguo eslavo eclesiástico. La lucha entre ambas finalizó a favor de la segunda, puesto que *-ovu* resultaba, por su longitud (forma del signo), bastante más efectiva a la hora de identificar la categoría de genitivo plural que *-u*, desinencia que además estaba asignada por aquel entonces a otros casos, como por ejemplo el nominativo de singular. Por lo tanto, extendieron *-ovu* a los sustantivos que antes flexionaban con *-u*, generando formas como eslovaco moderno *chlap-ov* < *xlap-ovu* < *xlap-u*.

Secuencias de evolución similares a ésta han tenido y tienen lugar, como ya se ha dicho en general sobre la iconicidad, en los más diversos sistemas lingüísticos del mundo.

¹⁰ Cfr. Sonneson, “Icon” e “Iconicity”, y Nöth, *Handbuch der Semiotik*, p. 193-198.

¹¹ Cfr. Elvira, *El cambio analógico*, p. 52, igualmente Mayerthaler, *Morphologische Natürlichkeit*.

¹² La situación real se ha minimizado y concentrado en la lengua eslovaca de manera que resulte sencilla e ilustrativa para aquellos que son profanos en esta materia, a pesar de lo complejo que resulta este proceso, cfr. Orr, *Comparative Slavic nominal morphology: a new synthesis*.

Iconicidad en NC

La identificación efectiva entre significado y significante, más la consideración de la expresión formal, puede ser la clave para comprender la supuesta irregularidad que se ha detectado en *chicuuacç*. Un examen detenido desde el punto de vista formal de las cuatro unidades elementales y de las resultantes tras la adhesión del prefijo /èik^w/ arroja los resultados que se recogen en la siguiente tabla:

<i>cç</i> = /sç/, 1 sílaba	<i>chicuuacç</i> = /èi-k ^w a-sç/, 3 sílabas
<i>ôme</i> = /ô-me/, 2 sílabas	<i>chicôme</i> = /èi-kô-me/, 3 sílabas
<i>çyi</i> = /ç-i≈i/, 2 sílabas	<i>chicuçyi</i> = /èi-k ^w ç-i≈i/, 3 sílabas
<i>nâhui</i> = /nâ-u9i/, 2 sílabas	<i>chiucnâhui</i> = /èik ^w -nâ-u9i/, 3 sílabas ¹³

La relación que se establece entre significado y significante es clara: las unidades básicas vienen expresadas por palabras monosilábicas o bisilábicas, mientras que las unidades superiores o secundarias siempre corresponden a palabras trisilábicas, cumpliéndose así la norma postulada por Mayerthaler. Esta distribución complementaria pudo haber provocado el rechazo por parte del sistema de un hipotético **chiuuccç*, puesto que formalmente sería vinculado al ámbito de las unidades básicas, con independencia de la distintividad que otorga la presencia del prefijo /èik^w/.¹⁴ La solución a la que el nahuatlato se ve obligado para evitar esta potencial confusión es la de convertir **chiuuccç* /èik^w-sç/ (2 sílabas), correcto desde el punto de vista gramatical pero incorrecto desde el perceptivo, en *chicuuacç* /èi-k^wa-sç/ (3 sílabas), introduciendo la susodicha vocal epentética /a/ con el objetivo de caracterizarlo de manera más efectiva. Por desgracia o por fortuna para el lingüista, el NC no registra ninguna vocal epentética /a/, por lo que será necesario dar cuenta de ésta.¹⁵

¹³ Cfr. nota 8.

¹⁴ El rasgo de pertinencia que proporciona el prefijo /'.ik^w/ queda reducido a la mera distinción formal entre unidades básicas primarias vs. unidades básicas secundarias.

¹⁵ Atendiendo a la clasificación que Wurzel (*Flexionsmorphologie und Natürlichkeit*) estableció hace ya algunos años, esta vocal /a/ quedaría encuadrada entre los signos aditivos moduladores, en tanto en cuanto su adición sólo modifica la longitud de la palabra. Esto la sitúa entre los segundos signos más icónicos de cuantos pueden reconocerse (el primero sería el signo aditivo segmental, donde el signo establece un contraste gramaticalmente pertinente con la categoría opuesta, e.g. *libro-s* vs. *libro-Ø*).

Sobre la vocal epentética /a/

El timbre de la vocal introducida debe ser explicado tras analizar la funcionalidad del inventario vocálico del NC, así como de su interrelación con el sistema gramatical y también perceptual. La primera candidata, por razones más que sobradas, debería ser la vocal /i/, ya que sobre ella recae la responsabilidad de ejercer como vocal epentética regular. Su frecuencia de uso es altísima, siendo posible reconocerla sobre todo en elementos morfológicos, véase por ejemplo el sufijo absoluto *-tli*, que se usa ante consonante, frente a *-tl*, que aparece ante vocal, *v. g.* *oquich-tli* /okiëëi/ ‘hombre’ y *cihuâ-tl* /siu9âë/, o los sufijos pronominales de sujeto, *v. g.* *ni-chôca* /niëðka/ ‘yo lloro’ y *n-çhua* /nçu9a/ ‘yo marchó, parto’. Para comprender la función que cumple esta /i/ es necesario conocer la estructura silábica y radical del NC, donde no se admiten grupos consonánticos en inicio y final de palabra (*cf.* ejemplos citados), ni tampoco en interior si éste posee más de dos componentes, *v. g.* *an-qui-tlazótlâ* /ankiëaso/ëa/ < */ankëaso/ëa/ ‘vosotros lo amáis’. Por lo tanto, el hablante no introduce de forma consciente una vocal epentética /i/ entre el prefijo /ëik^w/ y el numeral porque infringiría sus normas de utilización, es decir, en **chicuicç* la /i/ no estaría funcionando como vocal epentética dado que no existe grupo consonántico interno que solucionar.

Retirada la candidatura de /i/, el siguiente fonema vocálico con alguna posibilidad de desempeñar el papel de /a/ debería ser /o/. El problema es que en determinados contextos /o/ también funciona como vocal epentética, en concreto con los pronombres posesivos, *v. g.* *mopil* ‘tu hijo’, frente a *m-âxcâ* /mâškâ/ ‘tu posesión’,¹⁶ en los prefijos reflexivos, *v. g.* *ni-no-llâtia* /ninoëâtia/ ‘me escondo’, frente a *ni-n-çhua* /ninçu9a/ ‘me levanto’, o en los locativos, *v. g.* *cal-co* ‘en la casa’ e *ilhhuica-c* /ilu9ikak/ ‘en el cielo’. Hay casos en los que incluso una vocal epentética /i/ pasa a /o/ por metáfora bajo influencia de otra /o/ próxima, como ocurre con los sufijos personales o de imperativo ante el

¹⁶ En los manuales clásicos (Launey, *op. cit.*, p. 87, Andrews, *Introduction to Classical Nahuatl* o Lockhart, *Nahuatl as written*, p. 43-50) los sufijos de posesión suelen recogerse con esta vocal /o/ incorporada como si ésta fuera propia y no epentética. Sin embargo, su distribución podría indicar que en origen funcionaba como tal. Puesto que los posesivos hacen uso de la misma base consonántica que los sufijos pronominales de sujeto, los posesivos no pueden utilizar /i/, así que se introduce esta vocal /o/ para establecer una diferencia clara entre ambas categorías. Con el paso del tiempo, esta vocal /o/ se morfologiza y pasa a formar parte de la base misma. El posesivo de tercera persona *i*, e.g. *î-âxcâ* /îâškâ/ ‘su posesión (de él, de ella o de eso)’, se conserva ante vocal porque en el paradigma pronominal esta casilla es \emptyset y no hay posibilidades de interferencia.

sufijo direccional *-on-*, v. g. *no-c-on-itta* ‘voy a verlo’ < **ni-c-on-itta* o *xo-c-on-cua* /šokonk^wa/ ‘trágalo’ < **šikonk^wa/* respectivamente, por lo que el hablante encuentra otro motivo para identificar la función de vocal epentética con el timbre /o/. Por otro lado, en NC toda secuencia /k^wo/ se reduce a /ko/, luego se obtendría **chicuocç* > **chicocç*. En un principio esta evolución no viola su caracterización como unidad básica secundaria porque mantiene el aspecto formal propio de éstas, con tres sílabas. Sin embargo, la semejanza entre **chicocç* y el numeral siguiente, *chicôme* (que precisamente está sometido al cambio fonético antes comentado, ya que deriva de **chicuôme* /èik^wôme/) es quizás excesiva cuando ha de valorarse en el plano de la distintividad numérica.¹⁷ Sea como fuere, queda demostrado que hay motivos de sobra para no conceder a la /o/ el papel de una vocal epentética eventual.

En lo que respecta a la /e/, se trata de una vocal cuyo rendimiento a nivel léxico es extraordinariamente bajo en comparación con el resto de fonemas vocálicos, incluso en interjecciones, onomatopeyas y demás recursos expresivos. Ahora bien, su presencia está más que documentada en elementos morfológicos, tanto en el ámbito de las desinencias, v. g. *-tçch-*, *-nçch-*, prefijos objeto de primera y segunda persona del singular respectivamente, *-mê*, desinencia de plural, *-tç-*, prefijo objeto indefinido, etcétera, como en el de los pronombres, adverbios o partículas, v. g. *tê*, *nê*, *yê*, pronombres enfáticos de primera, segunda y tercera persona del singular respectivamente, *nel* ‘en verdad, realmente’, *tçl* ‘sin embargo, pero, a pesar de’, *yectel* ‘el otro día, hace algunos días’, *netech* ‘cerca’, *yçquemê* ‘por tanto, a fin de cuentas’, etcétera. Parece éste un argumento no muy sólido, pero la lógica aplastante de las lenguas y de sus usuarios dicta sentencia y en este caso concreto la /e/ revestía un carácter en exceso morfológico como para hacerla funcionar en procesos secundarios y meramente fonológicos como es una epéntesis.

Por último, la vocal /a/, que ha sido la seleccionada por los hablantes, se ajusta a las exigencias del contexto: /a/ no se identifica con ningún proceso morfológico o fonológico y su rendimiento es de largo el más alto de todos. Se trata de un fonema neutral que no se relaciona absolutamente con nada, es decir, se encuentra en total libertad funcional. Puede decirse sin riesgo a equivocarse que su carácter de no vocal epentética es lo que ha favorecido su empleo como tal, dotando a *chicuacç*

¹⁷ Lo cual no tiene por qué ser necesariamente cierto. De nuevo en el campo de las lenguas eslavas, véase eslovaco *devä* ‘9’ y *desä* ‘10’, donde la alternancia /v/ ~ /s/ establece la línea divisionaria entre una unidad mayor o menor. No obstante, el grado o índice de pertinencia es establecido por cada sistema lingüístico, y lo que un contexto de estas características es válido en las lenguas eslavas, quizás no lo fuera en el NC.

de una identidad y distintividad propias frente al resto de unidades básicas secundarias.¹⁸

Sobre la forma de plural. Analogía vs. iconicidad

Muchos lectores con seguridad habrán relacionado los efectos aquí comentados de la iconicidad con otro fenómeno, parecido pero no idéntico, al que se denomina analogía (del griego ἰσῶσις, -ῖ í ‘proporcionado, correspondiente’) y que fundamenta buena parte de los procesos diacrónicos y sincrónicos que tienen lugar en un sistema lingüístico dado. Sin abandonar el tema de discusión que ha abierto este trabajo, el fenómeno que se comentará a continuación permitirá ilustrar las diferencias esenciales entre ambos procesos.

Como bien dice Launey: “[p]or muy raro que parezca, los numerales náhuatl tienen formas de singular y de plural”.¹⁹ Aunque este es un hecho en realidad muy extendido entre las lenguas del mundo, aquí se antoja de cierta importancia ya que *chicuacç*, además de presentar la particularidad fonética arriba comentada, se ha reservado igualmente otra peculiaridad, ahora morfológica, que puede confirmar el carácter perceptivo de toda esta propuesta, quizás en exceso especulativa si no se ofrece mayor cantidad de evidencia documental. En este sentido, resulta excepcional para poner de relieve cuál es la diferencia elemental entre analogía e iconicidad.

La gramática del NC establece que los numerales del dos al cuatro forman el plural a partir de la desinencia nominal *-n* o *-ntin*,²⁰ mientras que *çç* ‘uno’ hace valer un tema supletivo *ççm-* / *ççn-*, empleado en la formación de compuestos,²¹ al que se une la desinencia de plural *///*, resultando **/sçn// > */sçn-e// > ççmê*, con aparición de una vocal epentética */e/*, timbre quizás por armonía intrasilábica, y paso de */n/ > /m/* por asimilación regresiva.²² Aplicadas estas reglas, el plural de los numerales aquí tratados es como sigue:

¹⁸ La atribución del carácter icónico a un fonema determinado por parte del hablante es estudiado de forma concisa y muy ilustrativa por Wescott, “The Iconicity of Consonant Alternation”, en especial p. 208-211, donde se recogen decenas de ejemplos de este proceso en el ámbito consonántico.

¹⁹ *Op. cit.*, p. 64.

²⁰ No hay establecidos una serie de puntos que contextualicen el uso de uno o de otro, sino que los documentos demuestran que se tiende de forma abrumadora a usar la segunda desinencia *-ntin*. La razón, una vez viste el concepto de iconicidad, parece realmente obvia: el hablante considera que *-ntin* en este contexto está mucho mejor caracterizada que *-n*, relevando ésta casi al ostracismo.

²¹ De hecho, es relativamente frecuente encontrar *chiquacçn*, en vez de *chiquacç* / *chicuacç*.

²² *Cfr.* nota 4.

<i>cçmê</i>	* <i>chicuaççmê</i>
<i>ômentin</i>	<i>chicômentin</i>
<i>çyintin</i>	<i>chicuçyintin</i>
<i>nâhuintin</i>	<i>chiucnâhuintin</i>

Salta a la vista que el asterisco situado frente a *chicuaççmê* no puede presagiar otra cosa que una nueva irregularidad. De hecho, el asterisco es un tanto injusto, porque la forma *chicuaççmê* sí está documentada. Sin embargo, es mucho más frecuente encontrar *chicuaççntin*, por analogía con el resto de los numerales de unidad secundaria en plural. Por otro lado, la forma **cçntin* está por completo ausente de los documentos nahuatlato, lo que demuestra que en su caso la analogía no ha tenido la suficiente fuerza como para generar una forma semejante. ¿Qué factor ha favorecido entonces que en las unidades secundarias el plural más frecuente de *chicuaçç* sea *chicuaççntin* y no *chicuaççmê*? ¿Es que la distintividad que ha protegido a *cçmê* contra la analogía no es suficiente para *chicuaççmê*?

La respuesta a esta última pregunta debe ser negativa. En este caso concreto han sido dos fuerzas las que han provocado que *chicuaççntin* sea la forma habitual. El sistema ha presionado para que *chicuaçç* sea idéntico desde un punto de vista formal e icónico al resto de unidades secundarias, desechando **chiuccç*. Por lo tanto, aceptar una forma *chicuaççmê* supondría volver a incluirla en la esfera de las anomalías con respecto al resto de unidades secundarias. Dado que la iconicidad no puede actuar en este caso (no hay necesidad de caracterizar mejor o peor los plurales del numeral en cuestión), el sistema ha echado mano de la analogía, para que todas las desinencias de plural de las unidades secundarias sean idénticas.

Conclusión

Si bien es cierto que en la gran mayoría de ocasiones es la propia lengua la que, mediante procesos gramaticales de carácter morfológico o fonológico, modifica y regula los diferentes apartados en los que se estructura, no menos lo es el hecho de que la última palabra la tiene siempre el hablante. En este breve escrito se ha intentado ofrecer una explicación, ya en el ámbito de lo extra-gramatical, según la cual el numeral del NC **chiuccç* ‘seis’, correcto desde el punto de vista gramatical, ha sido sustituido por *chicuaçç* con el objetivo de mantener una caracterización icónica lo suficientemente marcada como para poder distinguirla, acorde con su aspecto formal, de otras unidades numéri-

cas inferiores. Al mismo tiempo, se ha intentado demarcar la línea que separa el fenómeno meramente icónico del analógico, reflejado éste en la sustitución de desinencias de plural.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDREWS, R., *Introduction to Classical Nahuatl*, Austin, University of Texas Press, 1975.
- DAKIN, K., *La evolución fonológica del protonáhuatl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982.
- ELVIRA, J., *El cambio analógico*, Madrid, Gredos, 1998.
- FIGUEROA-SAAVEDRA, M., *Diccionario básico náhuatl-castellano*, Madrid, Museo de América, 2000.
- LASTRA DE SUÁREZ, Y., *Las áreas dialectales del náhuatl moderno*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986.
- LAUNEY, M., *Introducción a la lengua y a la literatura náhuatl*, traducción de Cristina Kraft, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.
- LOCKHART, J., *Nahuatl as written*, Stanford, Stanford University Press, 2001.
- MAYERHALER, W., *Morphologische Natürlichkeit*, Wiesbaden, Athenaion, 1981.
- NÖTH, W., *Handbuch der Semiotik*, Stuttgart, J. B. Metzler, 2000.
- ORR, R., *Comparative Slavic nominal morphology: a new synthesis*, Bloomington, Slavica, 2000.
- SONNESON, G., "Icon", en *Encyclopedia of Semiotics*, al cuidado de P. Bouissac, Oxford, Oxford University Press, 1998, p. 293-4.
- , "Iconicity", en *Encyclopedia of Semiotics*, al cuidado de P. Bouissac, Oxford, Oxford University Press, 1998, p. 294-297.
- SULLIVAN, T. D., *Compendio de la gramática náhuatl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1976.
- TUGGY, D., "Reduplication in Nahuatl: Iconicity and paradoxes", en *Cognitive Linguistics and Non-Indo-European Languages*, al cuidado de E. H. Casad y G. Palmer, p. 91-133, Berlin, Mouton de Gruyter, 2003.
- WESCOTT, R. W., "The Iconicity of Consonant Alternation", en *Functional Approaches to Languages, Culture and Cognition*, al cuidado de D. G. Lockwood, P. H. Fries y J. E. Copeland, Amsterdam and Philadelphia, John Benjamins, 2000, p. 199-219.
- WURZEL, W. U., *Flexionsmorphologie und Natürlichkeit*, Berlin, Akademie Verlag, 1984.